



# Documentos de coyuntura del Área de Política (IDH-UNGS)

IDH | Instituto del Desarrollo Humano - Área Política

Documento

# 21

**El arte de tejer. Liderazgos,  
candidaturas y coaliciones  
en la Argentina reciente**

*Damián Corral*

# Documentos de coyuntura del Área de Política (IDH-UNGS)

---

Documento  
**21**

**El arte de tejer. Liderazgos,  
candidaturas y coaliciones  
en la Argentina reciente**

*Damián Corral*

---

El arte de tejer. Liderazgos, candidaturas y coaliciones en la Argentina reciente .....	3
¿Nace un líder? .....	5

# Documentos de coyuntura del Área de Política (IDH-UNGS)

Documento

21

## El arte de tejer. Liderazgos, candidaturas y coaliciones en la Argentina reciente

*Damián Corral<sup>1</sup>*

Entre los recursos y competencias que definen un liderazgo político se encuentran atributos personales como el carisma, la voluntad, el coraje, la templanza, la confianza en sí mismo y la ambición de poder. Estos elementos se conjugan con la capacidad de tomar decisiones acertadas en contextos críticos, el talento para movilizar apoyos políticos y una destreza retórica que permita interpelar a diferentes grupos sociales generando así identificación y lazo representativo.

Desde el retorno de la democracia en nuestro país hasta la actualidad, hubo varios liderazgos y figuras políticas con diferentes características. La habilidad oratoria para movilizar una promesa política que vinculaba la democracia con el bienestar colocó a Raúl Alfonsín como el líder más importante de esa primera etapa. Aquel político que inició su gobierno con un impulso progresista y alto nivel de expectativas en la sociedad, tendría un giro conservador en la segunda parte de su mandato y quedaría atrapado entre las crecientes restricciones económicas, políticas, sociales y corporativas. Aún cuando la fenomenal crisis de 1989 lo obligó a entregar anticipadamente el poder presidencial, Alfonsín mantuvo la capacidad para influir en las decisiones más gravitantes de su partido, aunque ya no fuera una figura competitiva electoralmente. El Pacto de Olivos en 1993 y la construcción de la Alianza en 1997 se fueron entrelazando en el telar alfonsinista. Otro dirigente de dilatada trayectoria en su partido fue Fernando de la Rúa, quien supo construir y sostener una carrera política exitosa en sus desafíos electorales, fundamentalmente en la ciudad de Buenos Aires. Sin el carisma y la palabra convocante de Alfonsín, De la Rúa nunca logró convertirse en un líder que condujera los destinos de la UCR. Las malas decisiones tomadas en la gestión del gobierno nacional que derivaron en el colapso del 2001 marcaron su camino inexorable hacia el ostracismo político.

Carente del recurso retórico de su antecesor, Carlos Menem desplegó un carisma efectivo en la interacción personal pero también en las reglas del espectáculo político impuestas por los escenarios mediáticos. Su liderazgo personalista fue adquiriendo un perfil ejecutivista legitimado en el “éxito” de las reformas estructurales de corte neoliberal, que lo posicionaron como el líder capaz de recuperar el orden social y dejar atrás el caos hiperinflacionario. Con el trofeo de combatir la inflación y estabilizar la economía, Menem tejió un acuerdo en las sombras con Alfonsín y logró así reformar la constitución nacional, que lo habilitó a su reelección como presidente. En la fase crepuscular de su mandato, su liderazgo comenzó a ser disputado por Eduardo Duhalde, apoyado en una vigorosa estructura política y territorial en la provincia de Buenos Aires, un soporte fundamental para que la Asamblea Legislativa lo eligiera presidente en el 2002. La relevancia de Menem y de Duhalde en las grandes ligas de la política nacional se fue diluyendo progresivamente cuando dejaron sus respectivas presidencias.

<sup>1</sup> Investigador-docente del área de Sociología del Instituto de Ciencias (UNGS).

Carlos “Chacho” Álvarez logró posicionarse como la contrafigura del Pacto de Olivos, emergiendo en los años noventa como un líder personalista opositor de nuevo cuño, eficaz en promover una promesa moral sobre la política con eje en la transparencia en la gestión pública y en la lucha contra la corrupción, problemáticas sensibles a las audiencias desconfiadas de “la clase política” y atractivas para la agenda mediática. Álvarez condujo un espacio político que fue creciendo a través de diferentes coaliciones –Frente Grande-Frepaso- hasta alcanzar al viejo radicalismo, esta última una alianza urdida entre cafetines de Buenos Aires y sets televisivos con el “padre de la democracia”. A su lado, creció políticamente Graciela Fernández Meijide, la figura electoral más taquillera del Frepaso. De absoluta lealtad con Álvarez, la singularidad de la ex dirigente de derechos humanos residía en una importante conexión afectiva con el electorado de clase media porteña. El destino político fue adverso para ambos dirigentes: Fernández Meijide sufrió una dura derrota en la interna presidencial con De la Rúa en 1999, mientras que Álvarez renunció a la vicepresidencia del gobierno aliancista trece meses antes que tronara el “que se vayan todos”.

Como emergente de la crisis del 2001 y en un escenario de fuerte fragmentación político-partidaria, Néstor Kirchner promovió una vertiginosa reconstrucción del poder presidencial impulsando un proceso de crecimiento económico donde el Estado ganó márgenes de autonomía respecto a intereses corporativos y capacidad para satisfacer demandas sociales. Para ello, construyó y articuló una amplia coalición política y social que incluía a sectores mayoritarios del propio justicialismo, del sindicalismo, de los movimientos sociales y de los organismos de derechos humanos. Mientras que Cristina Fernández de Kirchner consolidó un liderazgo político con el que también se identificaron nuevos sectores que participaron de la arena política, sobre todo desde el dirimente conflicto por la resolución 125. Con denominadores comunes en el estilo político y en la lógica discursiva adversativa a otros líderes populistas de la región, la ex presidenta antagonizó con diferentes actores del poder económico (nacional e internacional), mediático y judicial, pero también con dirigentes que habían oficiado como importantes apoyos en la coalición gobernante, como Hugo Moyano. En tanto, sin cualidades carismáticas ni determinación para marcar territorio y lograr conducir a sectores disidentes del peronismo, Daniel Scioli fue un dirigente que sin embargo mantuvo su rentabilidad electoral a lo largo de ese ciclo político.

En un contexto de vacancia opositora al kirchnerismo, Sergio Massa demostró habilidad para usufructuar políticamente un creciente descontento con el último gobierno de Cristina Fernández de Kirchner. Ganó las elecciones legislativas del 2013 y lideró durante un tiempo la oposición en un contexto de pérdida de capacidad hegemónica del kirchnerismo. Sin embargo, fue Mauricio Macri quien arribó al gobierno nacional en el 2015, al conjugar logros electorales del PRO en la ciudad de Buenos Aires con la demanda de sectores políticos, económicos y mediáticos en torno a la construcción de una alternativa de poder. El actual presidente resultó beneficiado de una alianza electoral de centroderecha que no lo tuvo entre sus principales impulsores. En la conducción del Estado nacional, El de Macri no fue un liderazgo interesado en promover una defensa irrestricta del Estado de Derecho como Alfonsín, ni eficaz para combatir la inflación como Menem. Tampoco impulsó la continuidad del crecimiento económico con políticas redistributivas y ampliación de derechos del ciclo kirchnerista. Probablemente su mayor logro haya sido la gestión simbólica del pasado. Pero a diferencia de las presidencias anteriores, contó con el apoyo de los principales grupos mediáticos hasta el final de su mandato. Asimismo, impidió que nadie le disputara su supremacía en Cambiemos, ni siquiera María Eugenia Vidal. Cándida en los medios e implacable en la gestión con los empleados públicos movilizados, la gobernadora fue una figura política que no sucumbió al clamor del círculo rojo para que se constituyera en la candidata presidencial de Cambiemos, previo desdoblamiento de las elecciones bonaerenses. Sin una ponderable gestión para exhibir en campaña, la luz de Vidal se fue apagando después de las PASO, momento en que se encendía la estrella electoral de Kicillof.

Aun cuando el inesperado porcentaje de votos obtenido por Mauricio Macri refleja importantes apoyos en la sociedad, cabe consignar un aspecto novedoso en relación a algunos de los liderazgos aquí referidos: es el primer presidente con opción a ser reelegido que pierde en el intento. Salvando las distancias e investiduras, José Octavio Bordón y Daniel Scioli puede funcionar como ejemplos atendibles a la hora de problematizar si un significativo caudal de votos se traduce políticamente en la consolidación de un liderazgo opositor. La movilidad electoral ascendente y las aspiraciones presidenciales del siempre dialoguista Horacio Rodríguez

Larreta, conjuntamente con una coalición política que evidencia fragmentaciones y disensos más audibles, representan algunos de los desafíos a superar por el actual mandatario si busca renovar su licencia de conducir.

## ¿Nace un líder?

El retorno al llano de la ex presidenta Cristina Fernández de Kirchner no fue un impedimento para que mantuviera su centralidad política a nivel nacional y su competitividad electoral. Una jugada estratégica cambió drásticamente el escenario previo a las PASO evidenciando su capacidad para tomar decisiones arriesgadas en un contexto de alta incertidumbre: la nominación de Alberto Fernández como candidato a presidente por el “Frente Todos”. La particularidad en relación con los casos aquí analizados es que Fernández no era un líder político, tampoco una figura con perspectiva de traccionar votos. Reconciliado con la ex presidenta, el ex jefe de Gabinete de Néstor Kirchner urdió con paciencia de orfebre y en la penumbra acercamientos de diferentes actores políticos, sindicales y sociales con la actual senadora de Unidad Ciudadana. Su sorpresiva candidatura presidencial lo obligó a tejer a cielo abierto alianzas de las más diversas. Transitó con templanza y vocación pedagógica los espacios mediáticos más cerrilmente opositores, impulsó a Matías Lammens como opción electoral en la ciudad y consiguió que Sergio Massa declinara su aventura electoral presidenciable. Con sobrada capacidad articuladora, Fernández logró la unidad de un gigante invertebrado como era el peronismo y eso se reflejó el 27 de octubre con un claro triunfo en primera vuelta.

De negociador a candidato, de candidato a presidente. Algunos desafíos de magnitud asoman en el horizonte inmediato de Fernández: en el plano socioeconómico revertir la grave situación de pobreza, desempleo y deterioro salarial que atraviesa el país, la cual exige urgencia y decisiones acertadas. En el plano político, conducir una coalición heterogénea en su representación sectorial pero también en su composición ideológica: a su izquierda la ex presidenta con su advertencia de “neoliberalismo nunca más”; a su derecha, Sergio Massa y su proyecto parlamentario de bajar a 14 años la edad de imputabilidad de los menores. ¿Será la liga de gobernadores la columna vertebral del “albertismo”? Por último, desde que fue elegido presidente hasta la actualidad, América Latina entró en convulsión con rebeliones en Perú y Ecuador, pero fundamentalmente con las multitudinarias y permanentes protestas en Chile contra la desigualdad consolidada por las políticas neoliberales y con el repudiable golpe de estado en Bolivia, demostrando por diferentes razones lo mal que se siguen llevando las derechas con los derechos y la democracia en Sudamérica. Con un Bolsonaro amenazante y la posibilidad de que el Frente Amplio no pueda retener la presidencia de Uruguay, el contexto en el que asume el electo mandatario argentino requerirá agujas e hilo grueso para entramar la compleja gobernabilidad nacional y regional.